

TRAKL, GEORG, *Poesías*. Con un estudio de MARTIN HEIDEGGER, Buenos Aires, 1970, Carmina, pp. 131.

Dentro del panorama filosófico de nuestra década, y ante la muerte de los principales pensadores de la gran generación, solo quedan en vida dos filósofos importantes: Heidegger y Sartre. Todos los demás son o figuras menores o menos expositores.

Martín Heidegger, con una obra completa y maciza, en trance de constante renovación, se nos muestra en la serena madurez del filósofo. Dentro de su obra, un aspecto importante es la Filosofía del Lenguaje y sobre todo la valoración existencial del lenguaje poético como re-creador de lenguaje auténtico.

Acaba de publicarse en Argentina la traducción de unas poesías de Georg Trakl, con una muy extensa introducción de Martín Heidegger. Las poesías son traducción de Wolfgang von Harder Narciso Pousa, Rogelio Bazán y Sofía Maffei. El estudio de Heidegger es traducido por Hernán Zucchi. En castellano, solo conocía de Trakl la traducción publicada por la Editorial Goncourt. La nueva, de "Carmina", editorial también Argentina, es magnífica.

Heidegger busca el "lugar" de la poesía de Trakl. Pero esta búsqueda tiene lugar desde la concepción esencial de la poesía: "El diálogo del pensar con el poetizar está enderezado a reclamar por la esencia del habla, a fin de que los mortales aprendan a morar nuevamente en ella".

Con el uso cotidiano, el habla de desesencializa, se despersonaliza y cae en el parloteo de lo inauténtico. El poetizar reennoblece el habla: el poetizar retoma la esencia del mundo: el poetizar es habla esencial del mundo de los mortales. Y es necesario que constantemente los mortales aprendan a morar nuevamente en el habla, so pena de hablar de cualquier manera, que es la manera específica de no hablar del mundo.

"Buscar la tierra peregrinando, construir poéticamente en ella y habitarla, de modo de poder salvarla *en cuanto* tierra, colma la esencia del alma". El existente, arrojado en el parto a un mundo concreto, se esencializa, se autoconfigura, en cuanto que construye poéticamente en la tierra y la habita. Claro es que puede habitarla sin poesía, sin arte, pero entonces la tierra no se hace patente en su entraña. Aquí, como en otros estudios, Heidegger plantea, no una defensa de los recitales de los poetas de oficio, sino la radicalidad de lo poético en el habla dadora de sentido al mundo. Como ha sido tantas veces señalado, al hombre le incumbe el ser un animal en trance de construirse como no animal: "El hombre se degrada en cuanto pierde su esencia, es decir, desnaturaliza su esencia". Ante el peligro incesante de darse una figura corrompida de hombre, el hombre "auténtico" "es llamada a apartarse de los otros", se hace "extraño". Con su habla sin concesiones, Heidegger concreta: "Pero el verdadero tiempo es el advenimiento de lo sido. Este no es el pasado, sino el congregar lo que es, el cual precede a todo advenimiento futuro, al par que, en cuanto congregación, torna a lo que siempre le es anterior". Y claro está que esto es penoso (la autenticidad es "ser para la muerte" como conciencia aceptada), de donde que "el dolor es el atender a lo esencial en lo que se esencia". De ahí, que el lugar de la poesía sea el apartamento, cuando el alma se da esencia hecha canto.

En concreto, el habla de la poesía de Trakl "corresponde al retorno del género humano aún no nacido al sosegado comienzo de su esencia más pacífica", expresión traducible por la afirmación de que sus poesías plasman el mundo pacífico, construido por hombres sosegados, en un futuro, frente al todavía inminente intento germánico de construirse por la guerra. El poeta libera el ser del futuro, al dar un habla plena de mundo. Y aplica Heidegger esta visión a todo el Occidente: "Una localización de su poesía nos muestra a Georg Trakl como el poeta del Occidente todavía oculto".

Un poeta melancólico, escandido ante un mundo de guerra y de post-guerra, da ocasión al patriarca del existencialismo para mirar el futuro de Occidente con optimismo.

CONSTANTINO LASCARIS

SAUMELLS, ROBERTO, *La Geometría euclídea como Teoría del Conocimiento*, Madrid, 1971, Rialp.

Es un fenómeno, muy relevante, que ha de llamar la atención de cualquiera que esté interesado en ver un poco más allá de los estrechos límites del accionar cotidiano de la sociedad, el hecho, cuya profundidad a veces escapa a la mirada distraída del transeúnte, de que el ser humano esté inclinado a construir cada vez que le venga en gana, una nueva cosmogonía. Y esta afición a tan ardua tarea, se ha proliferado en los últimos sesenta años, conforme el mundo humano ha creído que está en su momento histórico de cambiar hasta las raíces, lógicas o ilógicas, del mundo que vive descendiente de la cosmogonía cristiana, o de la quitché, que para el caso le es igual. Pareciera que las transformaciones del "status" económico de la sociedad, requieren una nueva teoría del cosmos, como si no hubiera las suficientes para dejar satisfecho al más ambicioso de los vecinos del barrio.

En los tiempos en los que el espíritu de las gentes era más comadrero y menos revolucionario, se había aceptado, con sus naturales excepciones de los estratos, zonas o tribus de salvajismo garantizado y ortodoxo, la integración de un mundo al través de la idea edénica. Darwin, con su Historia de las Especies, nos vino a indicar que los conceptos de un Paraíso, constituían una historia eficaz y emocionante, pero inerte ante el embate de la ciencia.

Al llegar a estas alturas, nos adecuamos a la existencia de dos cosmogonías, pero en realidad, lo que estábamos haciendo era, preparar a las "chitalas callando", una interminable lista de otras creaciones: "mundos nuevos", "nuevas eras", "estructuras impares" de las que dependía la felicidad del hombre sobre la tierra.

Por eso, a lo largo de la historia universal, en tres o cuatro ocasiones, los hechos políticos o sociales hicieron mella en la construcción de las sociedades contemporáneas, para justificar la creencia de que había nacido un "mundo nuevo". Tenía, cada uno de esos cambios, para la rimbombancia del pensamiento humano en cada periodo, la relevancia de casi un nuevo orden del cosmos. Es sabido que toda Cosmogonía es utópica, puesto que se trata de teorías sobre sucesos que ocurrieron en tiempos cuya precisión en el tiempo y espacio, escapa a toda posibilidad de investigación matemática, sin error.

Es muy corriente oír la expresión "Tercer Mundo". Y esta afirmación tiene involucrada dentro de su propia expresión, la existencia de "Otros dos mundos", pues de no ser así, él no ocuparía la postura tertia. De esto se deduce, que han nacido

o han sido fabricados, tres mundos, sacándolos de donde se sacan los mundos: el cosmos. Dentro del más elástico pensamiento dialéctico, estos "mundos" han correspondido a tres actos independientes, de una cosmogonía triple o partida la unidad con denominador de tres. La teoría de que háyanse formado estas unidades, —no solamente humanas, sino económicas y políticas "sui generis"— no debiera dar derecho al hombre a catalogarlas como "mundos", tal y como lo hace; pues a poco que lo miremos, estamos cayendo en intuibilidad de soberbia, que nos equipara al Gran Huevo Cósmico que, según algunos, en el estallido "habría" dado lugar a las galaxias.

Dividir al mundo en "tres Mundos" por aquello de que piensan distinto en cuanto a filosofía y actúan más diferente, en cuanto a Economía, nos parece una verdadera idiotez, que sí promete alcanzar el tamaño de la hora cero.

Toda formación de un mundo, requiere ordenación de un cosmos, ya sea en lo particular como en lo galaxial. Pareciera irrefutable que el pensamiento "mundo" ya implica la presencia de una disgregación de "estado previo" caótico, y de una organización primaria, cuyo quehacer parece proclivar hacia la síntesis de una unidad empujada por fuerzas propias físicas, centrífugas y centrípetas, para cumplir un propósito en la noche de los tiempos.

Mientras nuestra historia sagrada nos divide en siete días, (seis de trabajo solamente) la hechura de este que tan lindamente recorreremos en auto, la leyenda de la Creación sumerio - babilónica establece en el delta del Tigris y el Eufrates, un argumento de lucha digno de una ópera wagneriana, para contarnos que tras la pelea de Apsu y Tiamant, los segmentos del Cosmos han de desperdigarse con los destrozos de la Gran Serpiente. Por otra parte, los poetas yucatecos han de heredarnos un poema, "Popohl Vuh", en que tal un caos mental, la cosmogonía posee la apariencia de un viejo artificio pomposo como una mitología y venerable por su lírica grandeza, cuyo arranque se inicia con liturgias de premonición: "Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad, en la noche".

No deja de ser ser cosa curiosa, que dos circunstancias son comunes: en algunas cosmogonías se habla de la especie animal, como una aparición ordenada por mandato Superior, en dos historias de la aparición de la especie animal, aunque se diferencian en el periodo, coinciden en la ordenación de ellos. Si la cristiana fija en días la científica lo hace en millones de años, pero ambas dividen la estructuración del cosmos mediante una mecánica mayor o menos en lentitud, pero con un parecido de perfil, aunque remoto, cierto.

Todo lo que hemos escrito hasta aquí, nos encamina hacia un punto fundamental; la partición del mundo en tres, de los cuales, el primero le tiene terror al segundo; al segundo, le da asco el primero, y el tercero, como doña Inés, no sabe si quedarse en el convento o largarse con el burlador.

La pregunta que se aboca a estas disquisiciones —en las que el autor ha tratado con gran empeño no enredarse— es si está en razón la opinión del segundo sobre el primero, pues lo que siente el primero, por el segundo, dada la experiencia vista, sufrida y padecida, se justifica.

Estamos, como es fácil ubicarlo, en un momento de crisis general. Las grandes ciencias fundamentales, cuyo desarrollo ha sido realizado por la admirable arquitectura de la inteligencia humana, han tenido también su crisis. Y por ello, verdades de siglos, leyes comprobadas, fórmulas antiquísimas, requirieron revisión y estudio.

Según parece, pues así lo he oído decir a personas "generalmente bien informadas", las leyes continúan teniendo la misma vigencia y fueron y son verdad como en la época en que el genio humano las fijó. Y al fijarlas, aceptó, digirió y formaron parte del pensamiento matemático. Euclides, Newton, Copérnico y Galileo, son ejemplos clavados de esto, pues con la cuestión de la "relatividad", las cosas se les pusieron

difíciles a los científicos que rezaban el "padre nuestro de antes". ¿Podríamos decir, a primera vista, que toda la geometría euclídea, que toda la gravitación newtoniana y que las leyes de Galileo y Copérnico, son para el basurero? El que escribe, cree que esa posición es falsa. Si lo nuevo constituye otra interpretación, lo viejo, sigue siendo una base cuya razón primordial ha sido hincada en la lógica. —Me dirán que lo nuevo ha mutado las bases fundamentales de la filosofía, y que la Escolástica ha sido muy superada—. Pero no debemos, como vecinos tranquilos y amigos del manoseo de las ideas, irnos de bruces por una golondrina que nos alegró la vista anunciando verano.

La geometría euclídea, que quizás sea una de las más anticuadas ciencias del conocimiento del espacio, ha sufrido grandes embates; pero ella, (cimentada en el principio de las paralelas), aún vieja y maltrecha, nos exige observar cierta prudencia. Don Roberto Saumells, catedrático de Filosofía de la Naturaleza, en la Universidad Central de Madrid, y quien convivió en nuestro medio con igual quehacer filosófico, en su libro sobre estos asuntos, publicado recientemente en Madrid, advierte en el prólogo: "Las figuras geométricas, antes de servir a una cierta razón demostrativa, tienen una razón de ser. Y esta razón de ser es una teoría del conocimiento".

A lo poco que el comentarista entiende, el resumen de su pensamiento, en una situación revisionista del momento "actual" de la teoría del espacio, indica que deja el perfeccionamiento de lo euclídeo para el libro de Hilbert, en 1899, que agotó el tema, pero al elevarse en nuevas disquisiciones, advierte que toda elevación conduce a una filosofía, y todo trabajo subterráneo, a una lógica. El problema es que se nos antoja que por muy respetable que sea la filosofía, la admitimos como ejercicio en evolución permanente, y por lo tanto discutimos siempre. El mundo anterior, el que heredamos, no es ya un producto del pensamiento dialéctico, sino del resultado lógico. Y por ello, tendrá una razón, su razón de ser.

¿Puede aceptarse, en esta encrucijada, como parte de un pensamiento matemático, la verdad de que el primer mundo es desechable del todo, y que el segundo constituye el retorno al edén paradisíaco? Ante la duda, el comentarista, se para en lo seco. Y lo seco como ya Uds. habrán adivinado, es la Edad de Piedra, a la que pertenece quien aquí les habla. Edénica edad, sin televisores ni periódicos; sin valor en subbaja del dólar; sin problemas de sexo, ni de modas en los trajes; sin policías de tráfico, hermosos y colorados, armados de un destornillador. ¡Bella edad de libertad y amor, que duerme su eterno sueño en la fosa ¡insondable de cincuenta mil millones de años!

La edad de la inocencia perdida que no tenía ni antes ni después.

José Marín Cañas (La Nación, 17 de agosto de 1971).

BARAHONA JIMENEZ, LUIS, *El Pensamiento Político en Costa Rica*, San José, 1970.

Poco a poco, el tema político tiende a salirse en Costa Rica de la barata polémica periodística, para entrar al campo del ensayo serio en forma de libro.

Veamos el caso de esta última obra de Luis Barahona Jiménez: EL PENSAMIENTO POLITICO EN COSTA RICA. Un estudio concienzudo y a fondo de las manifestaciones que en nuestro país han tenido los diversos idearios políticos, personalizados en determinados personajes de nuestra historia pasada y actual. Y en sus últimos capítulos, una invitación a la polémica, trazada desde el ideario democristiano de su autor.

Comienza Barahona haciendo un recuento sumamente apretado que revela, claro está, un pleno dominio del tema, de la época colonial. Su posición es definitivamente pro-española, aunque la basa más en documentos que en hechos; más en leyes, que en aquello de "se acata pero no se cumple". Sin embargo no deja de impresionar, cada vez que uno se encuentra con ellas, la sabiduría y profundo sentido humano de las piezas de legislación de Indias que en este libro se citan.

Luego hay un análisis de la posición ideológica de algunas figuras del Siglo 19. Dentro de las esperables limitaciones de espacio, es sumamente interesante el análisis que se hace sobre Carrillo: agudo y al grano.

Desfilan luego los liberales, los católicos, los positivistas y el grupo krausista que fomentaron los Fernández Ferraz. El Siglo 19 no es en Costa Rica especialmente rico en el campo ideológico, pero Barahona sabe por donde espigar.

En el Siglo 20, el libro se pone más interesante porque se torna polémico. Algunas veces la polémica está en un signo de puntuación, como cuando el autor llama ilustre a don Joaquín García Monge y pone el adjetivo entre comillas. Otras veces la polémica es de mayor tiraje, como cuando pone en tela de duda la omnisciencia de don Cleto y don Ricardo, y la importancia misma de su obra.

Encontramos una omisión en esta parte, y es el silencio sobre las posiciones y postulados ideológicos de don Alfredo González, más importantes en nuestro juicio, en el terreno doctrinario, que los de otros gobernantes y políticos que el libro estudia.

La obra termina con una apología del ideario demo-cristiano, pero el autor no la apoya en documentos costarricenses (el libro, al fin y al cabo, se titula "El Pensamiento Político en Costa Rica") sino en papeles doctrinarios y umbilicales del movimiento internacional. (Algo así como si al hablar de Manuel Mora no le hubiera citado a él sino a Marx).

A algunos un poco pacatos les preocupa aquí que un autor exponga, defienda o insinúe su ideología política dentro de un libro. A nosotros nos parece no sólo lícito sino deseable, y el tono polémico que emplea Luis Barahona en este libro, acredita la tesis. Da gusto leer un escrito polémico bien sustentado y bien escrito.

Porque no puede negarse que Barahona escribe bien y expone bien. Es de los pocos, aquí, que se preocupan ciertamente de escribir en castellano.

Lástima grande que el libro sea un desierto tipográfico tan mayúsculo. Plagado de errores de imprenta muchas veces las notas no responden al texto, y está diseñado dentro de esa práctica reciente y aborrecible de colocar las notas no al pie de la página sino en final de capítulo, lo que obliga al lector cuidadoso a estar interrumpiendo la lectura y viajando en vaivén por el volumen. La cantidad de errores que hemos señalado parecen complacerse en los nombres extranjeros, donde con dificultad la tipografía acierta con uno. "Destitut" por "Destutt"; "Comple" por "Comte"; "Krauz" por "Krause"; "leiv motif" por "leit motif"; "Destrit de Trasy" por "Destutt de Tracy"; "Daudext" por "Daudet"; "Henryk"; "Maculay" por "Macaulay"; "Lasky" por "Laski"; "Khayyan" por "Khayyam"; "Proudihton" por "Proudhon"; "Bradomiro Tomiz" por "Radomiro Tomic". Y esta lamentable colección no se limita sólo

a lo extranjero, sino que incide sobre lo propio, como cuando dice "Ferraz Fernández" por "Fernández Ferraz", o antes de hablar de las cinco palabras claves del ideario político del Presidente Montealegre (paz, orden, libertad, garantías, progreso), anuncia que son tres. Estamos acostumbrados a los errores de imprenta y de corrección de pruebas en los libros costarricenses. Pero con éste, el problema hace crisis.

Y son errores tipográficos obvios. Al autor sólo podríamos anotarle algunos, evidentes, de fechas. Pero son peccata minuta en un libro valioso y de consulta.

Alberto F. Cañas

MELENDEZ, CARLOS, *La Ilustración en el antiguo Reino de Guatemala*, San José, EDUCA, 1971, pp.

La ya copiosa y valiosa bibliografía del historiador Carlos Meléndez, se ha enriquecido ahora con un nuevo tomo, publicado por EDUCA, después de obtener un premio en el reciente certamen centroamericano que el CSUCA organizó.

Se titula LA ILUSTRACION EN EL ANTIGUO REINO DE GUATEMALA, y es una pieza mayor de investigación.

El tema mismo impedirá que este libro sea popular, que alcance a interesar a tantos lectores como el volumen anterior de Meléndez, que fue su estupenda biografía del Doctor Montealegre.

Este, más que un relato histórico, es un ensayo sobre la historia. Una indagación sobre la influencia y divulgación que en la Centroamérica del Siglo XVIII tuvieron las ideas de la ilustración, la filosofía racionalista, el cartesianismo y la Enciclopedia.

Para aquellos que han creído y sostenido que la Independencia Centroamericana fue un acto gratuito e inesperado, este libro será una sorpresa. Meléndez demuestra que las ideas que hoy llamamos democráticas circulaban por Centro América, a distintos niveles, desde tiempo atrás, y que esto, necesariamente, produjo una élite con conciencia política que fue la que determinó el movimiento independendista y los rumbos que había de tomar.

Prolijamente, con un hondo sentido de análisis, el libro nos lleva hacia las capas religiosas, gubernamentales y universitarias, donde la "Ilustración" recogió prosélitos. Esta región (por lo menos en su capital, Guatemala), tenía alguna vida e inquietudes culturales, y no era imposible allí estar al día con respecto al pensamiento filosófico y político que nacía en Europa y habría de cambiar el curso de la historia.

El propio autor manifiesta, al comenzar, que su obra no es exhaustiva; que existen grandes dificultades para la investigación de este aspecto de nuestra historia.

Pero así y todo nos da un libro convincente, que asombra precisamente por la cantidad de investigación que tiene detrás (lo cual es una paradoja si hemos de atenernos a las referidas palabras del autor).

Siendo Costa Rica, como era, el rincón más olvidado del antiguo Reino de Guatemala, es natural pensar que sería la región donde más tardíamente y con menos fuerza se manifestarían las nuevas ideas. Pero Meléndez encuentra huellas en contrario en las figuras de los ilustres gobernadores don Diego de la Haya y don Tomás de Acosta, menciona a Fray Antonio de Liendo y Goicoechea entre las figuras principales, por no citar a los hombres que actuaron en nuestra independencia local, como el Bachiller Osejo.

Las ideas democráticas y liberales de la Ilustración andaban circulando por esta parte del mundo —con más intensidad y eficacia de lo que se cree— muchos años antes de la Declaratoria de Independencia. Por eso, al historiador Meléndez no le sorprende la presencia de esas ideas en los momentos claves de 1821 y años siguientes. El liberalismo centroamericano es anterior a la Independencia.

Resulta oportuna la aparición de este tomo precisamente ahora que nos aprestamos a celebrar el cumplimiento de 150 años de haber salido de la tutela española. Se trata de un aporte considerable al conocimiento de nuestro pasado en el reino de las ideas.

Alberto F. Cañas

CHESTER ZELAYA, *El Bachiller Osejo*, San José, E. Costa Rica, 1971. Primer tomo: pp. 294. Segundo tomo: pp. 423.

Una de las contribuciones de la Editorial Costa Rica a la celebración del sesquicentenario de nuestra independencia, fue la publicación del notable estudio biográfico y crítico de Chester Zelaya sobre EL BACHILLER OSEJO, que sirvió a su autor como tesis de doctorado en la Universidad de Madrid.

La obra se presenta en dos tomos: el primero contiene la obra del joven historiador, y es al que nos referiremos en esta reseña, el segundo está formado por todos los documentos, escritos, trabajos y obras de Osejo que el autor pudo localizar y es una recopilación de valor incalculable...

El Bachiller Rafael Francisco Osejo (nicaragüense de nacimiento) es una de las figuras claves de nuestros primeros días de Independencia. Figura polémica, a veces misteriosa, de tremenda influencia en los círculos republicanos, su participación en los sucesos de esos años ha sido apasionadamente discutida. Después de siglo y medio, Osejo tiene todavía admiradores y enconados enemigos.

Hemos dicho que es una figura a veces misteriosa. Zelaya se dedica a esclarecerla. Su libro es polémico, y contiene una inteligente defensa del Bachiller, incluso sobre puntos en que casi no ha encontrado defensores, como un famoso devaneo que se le atribuye con el Imperio del Iturbide (y que se basa en un documento aparecido en 1936).

Zelaya defiende con buena habilidad de abogado las actuaciones de Osejo como un republicano sincero y militante, y nos narra con lujo de detalles y de documentación, todas sus actividades y recovecos en favor de la tesis republicana, durante los días en que Costa Rica estaba dividida entre republicanos e imperialistas, división que, como se sabe, culminó en Ochomogo en 1823.

Es indiscutible que Osejo fue un motor de las ideas republicanas e independentistas, y que a ello debió la multitud de líos en que se vio envuelto. Porque, hábil e intrigante como era, tenía enfrente a individuos no menos hábiles, no menos intrigantes, y más poderosos que él, que lo atacaban hasta por el color oscuro de su piel.

A pesar de que su sinceridad republicana no está puesta en duda por Zelaya, del libro aparece el Bachiller Osejo como un individuo sumamente intrigante, con algo de pobre diablo, lleno de recursos rabulescos, y bastante enredista. No obstante lo cual, su participación en las primeras Asambleas Legislativas costarricenses resulta sumamente positiva y hasta visionaria.

Es indispensable, para una buena comprensión de los acontecimientos de la primera década de Costa Rica como país independiente, conocer al Bachiller Osejo: él y Gregorio José Ramírez vienen resultando los principales protagonistas de las ideas republicanas y liberales. Osejo, principalmente en lo que atañe a la doctrina, pues era básicamente un intelectual, formado en las disciplinas filosóficas del momento, las cuales propagó y enseñó denodadamente desde 1814 (muchas veces en enfrentamiento a los monárquicos e imperialistas). Su posición en la Casa de Enseñanza de Santo Tomás le permitió una profunda influencia sobre la juventud de aquel momento, y su cultura, (inusitada en aquel ambiente aldeano y sencillo), gran preponderancia en las luchas políticas.

La obra es exhaustiva, y un modelo de investigación ordenada y sistemática. Está escrita con vigor, con entusiasmo y con buen sentido narrativo que subyuga. Estilísticamente, sin embargo, nos sentimos obligados a tacharle a Zelaya el haber caído en ese vicio muy común ahora y muy cacofónico siempre de emplear "el mismo" y "la misma" en función de pronombres, en lugar de "éste", "ésta" y aún "su".

Desde donde se lo mire, este libro de Chester Zelaya es una contribución importantísima al estudio de una época de turbulencia, de gestación y de decisiones que muchas veces eran más grandes y trascendentales de lo que el común de quienes participaron en ellas podría apreciar. Además, es libro de cómoda, fácil y sabrosa lectura, lo cual no es de desdeñar, porque es importante para la cultura de un país que los libros sobre su historia estén escritos para todos. Y el de Chester Zelaya lo está.

Alberto F. Cañas

CHESTER ZELAYA, *El Bachiller Osejo*, San José, Ed. Costa Rica, 1971. Primer Tomo, pp. 294. Segundo Tomo: pp. 423.

Ha publicado la Editorial Costa Rica dos tomos con el título "El Bachiller Osejo", de los cuales el primero es un extenso y completo estudio de esta figura, por

el Dr. Chester Zelaya, y el segundo incluye la edición crítica de escritos de Osejo; también a cargo de Zelaya.

Chester Zelaya es un joven profesor de Historia de la Universidad. La presente obra fue su tesis doctoral en la Universidad de Madrid. Aunque menos importante, recordaré aquí que Chester Zelaya es también Decano de la Facultad Central de Ciencias y Letras.

Indudablemente, Osejo es la figura más intrigante (por intrigante y por inteligente) de la historia de Costa Rica. Además, le tocó actuar en la época en que Costa Rica se encontró sin depender de nadie ante la Historia. Sin condición de mulato y de "extranjero" (extranjero con mentalidad de hoy) le han hecho, casi en general, desgraciado ante los historiadores. No es el tipo de figura fácilmente explotable con mentalidad romántica de Centenarios. Ello hace más meritoria la labor de Chester Zelaya, que se muestra ciertamente objetivo y lo valora en toda su importancia.

Pero no es esto lo que más deseo destacar. Considero mucho más importante para la historiografía costarricense el haber podido disponer de una edición crítica de los escritos de una figura costarricense. Hoy es Osejo la única figura importante de la historia del país del que se ha hecho una edición crítica. La de Florencio del Castillo no lo es. Ya va siendo hora (la fue hace mucho) de que no se hagan solamente ediciones de vulgarización. Eso de modernizar la ortografía, de arreglarle el estilo a un escritor, de "seleccionar" sus escritos, en general no pasa de ser cosa poco seria.

Pero ya que hablo algo de Osejo, deseo señalar que no he podido concretar si finalmente es o no es Benemérito de la Patria. Así lo declararon en vida, luego lo des-declararon y luego es dudoso si lo volvieron a declarar; además, es dudoso que a un Benemérito de la Patria se le pueda des-declarar Benemérito. En mi opinión, cualquiera que sea partidario de una Costa Rica independiente, tiene que considerarlo como el mayor Benemérito de la Patria. El motivo es muy sencillo. Osejo fue el primero que tuvo la ocurrencia de pensar y decirlo en voz alta: si no les gusta ir con México, y tampoco les gusta ir con la Gran Colombia, ¿por qué no hacen una República independiente?

Si recordamos, de paso, que Osejo intervino y dirigió la vida del país durante dos décadas al menos, que educó en la Casa de Enseñanza Pública a los intelectuales que pudieron hacerse cargo de la independencia, que promovió la primera ley de compulsión a la enseñanza primaria, que defendió a los indios de Ujarrás, que sostuvo el parlamentarismo y el principio representativo, etc., etc., la aparición de estos dos volúmenes constituye un verdadero acontecimiento. Creo que es la mejor aportación a la celebración del 150 aniversario de la independencia, pues, ahora que ya ha pasado, creo que se me perdonará el que lo diga: la única celebración sería de un acontecimiento es estudiarlo.

Como, de todas maneras, me gusta siempre criticar algo, señalaré mi extrañeza de encontrar en el primer tomo un índice de nombres citados, que ocupa cinco páginas, pero sin incluir las referencias de páginas. Es el índice más original que he visto impreso.

Constantino Láscaris

ELIZONDO ARCE, HERNAN, *La Ciudad y la Sombra*, San José, Imprenta Lehmann, 1971, pp. 131.

En la década pasada se puso de moda el repudio de Marcuse, aunque tenía medio siglo como teoría, a la sociedad de consumo. Esto, en las sociedades de con-

sumo venía a ser una reacción natural de tipo cíclico. Lo anti-natural es que se pudiese de moda en sociedades subdesarrolladas, que no han alcanzado el nivel de consumo, sino que simplemente se subalimentan.

Sin embargo, se ha dado y se da un repudio de la urbe, que no tiene nada que ver con teorías ni con dialécticas. El repudio de la urbe por la urbe misma, y que viene desde la antigüedad. La forma edulcorada y romántica fue la del elogio de la vida campestre y el canto a "la vida retirada". Este repudio resultó siempre bastante falso, pues la vida campestre es dura, áspera, difícil. Otra forma fue la de la valoración de la vida del campo precisamente por dura...

Esta es la que he encontrado en la novela de Hernán Elizondo, *La Ciudad y la Sombra*.

He leído esta novela un poco por azar, como todo lo que leo (la planificación de las lecturas, como toda planificación, solo es para mentes estrechas). Y empecé con escepticismo. El primer capítulo me fue gustando: pensé que era una buena influencia de lo mejor de Miguel Angel Asturias. Pero pronto pasó esa impresión. En la sucesión de capítulos cortos, se me fue presenciando un titánico desarrollo de una urbe, desde los inicios de la primigenia lucha con la selva. Un rapto convierte a un hombre en prófugo convicto y clava "las cuatro estacas de un rancho a la orilla de la gruta donde encontró un cuervo muerto". Y viene el desbrozar la selva, acompañado por una mujer bravía (es cuando uno comprende que en el campo el mejor piropo a una mujer es "bruta"). Luego, vienen otros hombres, nace un pueblo y un día aparece un hombre que declara "que él era la justicia", y desde ese momento "al pueblo aquel se lo empezó a llevar el diablo". Y ya el resto de la novela es la actualización por etapas del diablo en el pueblo, hasta convertirlo en ciudad. Hay una aparición de San Gabriel, que dará centro al desarrollo eclesiástico. Y hay un Lagartijo, el hombre que encarna al diablo bajo forma de la tentación sexual. Y hay una guerra contra "las ratas" (que recuerda en mucho a la Campaña contra los filibusteros de Walker y con su Juan Santamaría no edulcorado por la propaganda). Y un capítulo VIII dedicado a analizar la instalación del primer prostíbulo. Y un triste, lacerante suicidio desde el Puente de los Enamorados. Y una crítica a la "administración de justicia" mucho más dura que las que acostumbra a hacer el Lic. Enrique Benavides. Y cuando un amante de la historia se pone a escribir la historia de la ya ciudad, termina con "una náusea envolvente que lo aprisionaba en sus tentáculos babosos, un asco de los valores mentidos y de los hechos disfrazados". Y para que no haya confusiones, el autor dedica el último capítulo a sostener explícitamente el repudio de la urbe: "Voy a levantar el mazo destructor que te sepulte, con tu legión de títeres grotescos".

No es una novela "comprometida". Por eso, no creo que la elogie nadie que esté "comprometido". Simplemente, es una novela muy buena. Para mí, la mejor escrita en este país desde el "Pedro Arnáez". Lo que dice vale la pena. Y el estilo, la frase, tienen sabrosura. No necesito decir que está bien escrita (pero lo digo pues es una peste eso de que se publiquen libros simplemente mal escritos). Y muchas veces alcanza fuerza poética: "Los bueyes lentos van al paso, ramoneando al desgaire, y la carreta rueda por la cuesta como una extraña castañuela inmensa".

Una muy buena novela, que no creo que la pongan nunca de lectura en las escuelas, pues no es gazmoña, y que no creo que la traduzcan a veinte idiomas exóticos, pues no hace propaganda de nada. Simplemente eso, vida contada con enjundia:

"A lo lejos toca las nubes la cabellera en ascuas de la selva".